

para pintar el grado de belleza y ostentacion que explayan todos los almacenes de muebles, y los de sederías, algodones y lienzo, la riqueza de sus chales de cachemira, y la inmensidad de piezas de telas de cuantos gustos y caprichos puede inventar la imaginacion; y sería tambien atormentarla el seguir en sus diversas fases la instable variedad de la moda que en sombrerillos y prendidos, camisas, flores y bordados presentan á cada paso y á cada hora las innumerables tiendas de modistas y costureras.

Pero ¿qué más? hasta los comercios más modestos, *el especiero*, por ejemplo (tipo especial de París, que tiene algo de nuestros lonjistas, de nuestros drogueros y almacenes de ultramarinos, y más que todos reunidos), sabe disponer con una gracia seductora á la puerta de su almacén los variados frutos que forman su comercio; las naranjas y manzanas, los caracoles, las ostras y cocos en elegantes pilas de césped; los líquidos en bellísimas vasijas de mil colores; los sólidos en graciosos azafates de mil formas.—El confitero, verdadero artista y escultor, trabaja sus artefactos con la misma conciencia que aquél sus bellas estatuas, y en sus manos lo humilde de la materia desaparece ante lo magnífico de la forma.— Los pastejeros con igual destreza saben unir la belleza exterior con la realidad de la sustancia.— Los innumerables fondistas presentan en sus aparadores todo el primor del arte culinario aplicado á los más sabrosos productos naturales de todos los pueblos.— Por último, hasta los panaderos y carniceros disponen detras de los cristales sus sólidas mercancías con una limpieza, con una armonía tal de colocacion, que destierra de todo punto cualquier idea repugnante.

Pero hay, sobre todo, un género de comercio en París con el que en vano pretenderian competir los más industriales pueblos de Europa, y este comercio es el del in-

menso ramo de chucherías de lujo y de necesidad, formadas de todas materias, conocido con el nombre de *bijouterie*. — En estos almacenes es donde realmente queda sorprendida la imaginacion al ver la multitud de formas delicadas que todos los metales, todas las maderas, el marfil, la concha, el barro, el yeso, el cristal y porcelana reciben en manos del artista frances.— Toda la Europa y América lo saben, porque toda la Europa y América son en este punto tributarios de la moda de París; pero es preciso contemplarlo de cerca, penetrar en las casas de *Susse*, *Giroux*, y otros nombres infinitos harto conocidos; recorrer sus salones cubiertos de preciosos objetos; contemplar las graciosas caricaturas de yeso y de barro, por Dantan, las bellas estatuitas de bronce y de mármol que reproducen á todos los personajes célebres, desde el emperador Napoleon hasta el cantor Rubini ó la bailarina Taglioni; los innumerables artículos de estuches ó *necessaires*, tocadores, juegos, dijes y chucherías, y admirar, en fin, el ingenio y la industria humana, que han llegado á hacer necesarias tan magníficas superfluidades.

Añádase á este brillante primor de las tiendas, que detras de aquellas cristalerías y por entre los ligeros espacios que permiten tan variados objetos, á la luz de cien mecheros de gas, reflejados en cien espejos que cubren las paredes y estanterías, sentadas en elegantes sillones ó paseando detras de los inmensos mostradores, os está acechando una falange de seductoras *sirenas* (estilo antiguo), ó ya sea hasta una docena de mujeres *fatales* (estilo moderno), ricamente ataviadas como para una *soirée*, bellamente prendidas, y contando ademas con una buena porcion de gracias juveniles, de amabilidad y destreza mercantil.— Y aquí me parece del caso hacer otro paréntesis, para el que pido de antemano la vénia de mis lectores.

Esta utilidad, ó llámese explotacion del trabajo muje-

ril, es uno de los extremos en que las costumbres francesas se apartan notablemente de las nuestras.—La galantería y la susceptibilidad españolas no suelen avenirse bien con la idea de hacer de la mujer un compañero en el trabajo, y ménos aún de la de servirse de su atractivo como de un medio de especulacion.—Bajo este aspecto, nuestras mujeres son más dichosas, si dicha puede llamarse el estar reducidas á una condicion pasiva, aunque rodeadas de cierta aureola de adoracion. Mas, mirado por otro lado, no deja de tener grandes inconvenientes nuestro sistema; inconvenientes que redundan en perjuicio de la sociedad, y que la misma mujer es la primera á sentir.

En primer lugar, eliminando casi del trabajo á una mitad de la poblacion, queda reducida ésta cuando ménos á una mitad de productos.—Lo probaremos por un ejemplo: Un mercader, v. gr., que por un principio de delicadeza no quiere colocar á su mujer detras del mostrador, tiene que poner en su lugar uno ó dos mancebos; pérdida material para el comerciante, y pérdida para la sociedad; porque aquellos jóvenes, reducidos á un trabajo insignificante, dejan de dedicarse á otro más útil que requiera la inteligencia ó la fuerza.—Las mujeres, que debieran reemplazarlos en este destino, más análogo á su delicadeza y al género de su talento, no encuentran tampoco ocupacion para el suyo, ó tienen que contentarse con una escasa retribucion á cambio de enojosas fatigas, y hé aquí otra pérdida para el sexo en general.—Por otro lado, un negociante, un fabricante, un propietario, asociando decorosamente su mujer á sus trabajos, la inspiran más interes por la sociedad comun, desenvuelven en ella el instinto del cálculo, entretienen su activa imaginacion, y la hacen, por consecuencia, ménos accesible á las seducciones y más enemiga del lujo y los placeres.

El interes de la mujer está tambien acorde en recibir

un género de educacion que la predispone al trabajo, que dobla su valor y la emancipa, si ella quiere, de la tiranía del hombre y de las fuertes cadenas de la seduccion.—Y no se asusten nuestras damas meridionales con estas ideas, que son las que rigen en todo el norte de Europa y América.—El trabajo, la ocupacion, es la más agradable compañía; la instruccion, la más sólida dote, y la importancia social que reciben con ambas, en nada perjudica al entusiasmo que sus gracias personales puedan inspirar.—Los lores ingleses y los hacendados anglo-americanos suelen pagar á sus hijas las labores, cuyo importe suelen reunir para hacerlas un regalo nupcial; los comerciantes alemanes y holandeses asocian á sus mujeres á los trabajos de su bufete, y los franceses las colocan al frente de sus fábricas y de sus haciendas.—Pero, sin salir de nuestra España, en Bilbao, por ejemplo, recuerdo haber visto á señoritas de las principales casas de comercio llevar los libros de caja con singular perfeccion, y á sus madres bajar al zaguan á recibir los importantes cargamentos y disponer su colocacion en los almacenes; y nótese tambien que Bilbao es uno de los pueblos de España donde las costumbres son más puras, la inteligencia más activa, y más importante la riqueza.

Permítaseme este ligero episodio en favor (aunque ellas no lo crean así) de nuestras amables paisanas, muchas de las cuales, por fruto de un mal entendido método de educacion, suelen estar reducidas á calcular su importancia por el mayor ó menor caudal de sus gracias físicas, á verla desaparecer del todo con aquéllas, y á quedar reducidas, cuando viudas, cuando huérfanas, cuando viejas ó desgraciadas de figura, á implorar la compasion de un seductor ó á ganar la mísera existencia con un mezquino trabajo apénas recompensado.

Volvamos á París, donde un sinnúmero de mujeres en-

cuentran ocupacion regentando las tiendas y llevando los asientos con tan rara inteligencia, que no puede ménos de redundar en beneficio de los dueños que las emplean. — Todos nuestros cepillados mancebos de las tiendas de las calles del Cármen y la Montera, todos los vetustos dependientes de la calle de Postas y Bajada de Santa Cruz, son unos miserables autómatas sin vida al lado de la más insignificante muchacha de las calles *Vivienne* y *Richelieu*. — Su gracia persuasiva, el aplomo y destreza con que saben entablar y seguir la más enredada polémica sobre el mérito de sus mercancías, sobre la baratura de su precio, sobre la necesidad de su uso, es para desconcertar al hombre más exigente ó desdeñoso; — y ¡desdichado de él si, seducido por cualquiera de los objetos que mira á la puerta, llega á salvar sus umbrales y penetra en el sagrado recinto de aquellas encantadoras! — porque no le valdrá decir que se ha equivocado, que no es allí donde se dirigia, que no es aquello lo que buscaba, que su precio es excesivo, ó que no le conviene, en fin, por cualquier razon; pues no bien lo habrá acabado de decir, cuando le desplegarán rápidamente á la vista otra infinidad de objetos análogos, de más ó ménos valor, de diversa ó semejante forma, de distinto ó el mismo color, y todos los gustos, en fin, incluso el suyo. — Si se le hace caro, le probarán aritméticamente que vale el doble; si no lleva dinero encima, se lo enviarán á su casa en un elegante paquete; y si ha entrado, por ejemplo, á comprar un par de guantes, acabará por decidirse á comprar unas camisas, ó *viceversa*.

La misma amabilidad, la misma delicadeza, la misma coquetería con las damas que con los hombres; la misma solicitud para mostrarles todos los objetos del almacén, sin temer comprometer su delicado talle subiendo una elevada escalera para alcanzar un paquete; sin descompo-

ner su prendido pasando y repasando cien veces por bajo del mostrador.—Y en medio de esta actividad, á la vista de sus jefes, siendo siempre el objeto de las expresivas miradas de los *flaneurs* parados delante de los cristales, sostienen sin interrupcion el diálogo con el recalcitrante comprador, y áun saben conservar una sangre fria, que desconcierta á los temerarios y seduce á los indiferentes.— Muchas veces, es verdad, cuando están solas, aparentando leer *El Constitucional* ó *El Siglo*, suelen asomar por bajo de sus políticas columnas los ingeniosos cuentos del favorito *Paul de Kok*; pero las ideas que estas lecturas despiertan no vienen á *formularse* en ellas hasta el domingo próximo, en que, acompañadas de sus galanes, van á reirse con entusiasmo con los chistes del arlequin del Circo, ó á llorar amargamente y comer naranjas en los sanguinolentos dramas del teatro de la *Alegría* (*Gaité*).

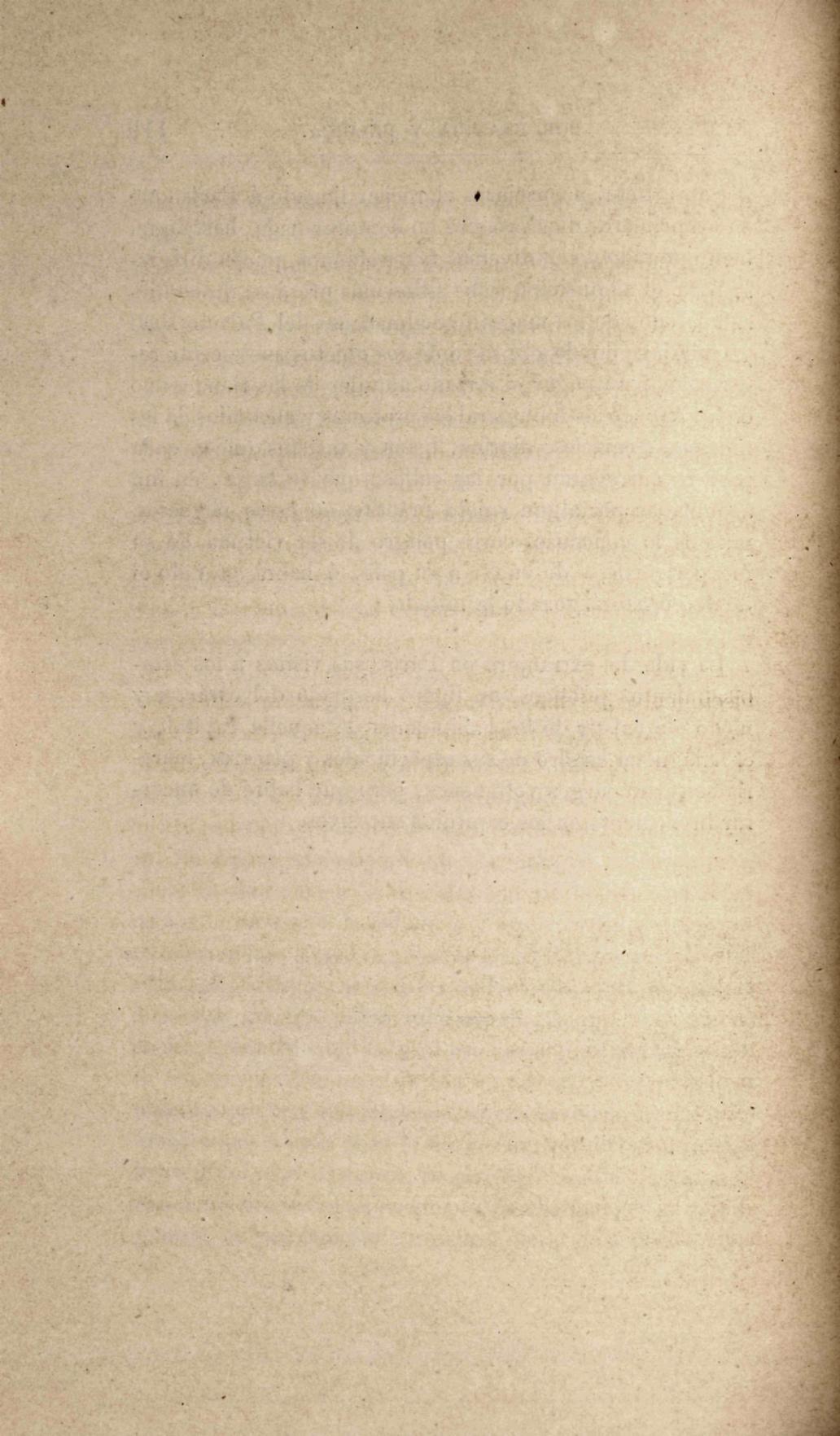
El espectáculo, sobre todo, de las galerías del Palacio Real, de los Pasajes y Baluartes, con sus innumerables tiendas, luces y movimiento, es, sin disputa, el más grande, el más bello y seductor que llama la atencion del forastero en aquella capital, y á su lado vienen á ser poca cosa los espectáculos parciales, los aislados episodios, por grandes y magníficos que sean.—Desde los almacenes engastados en oro y pedrerías, hasta el mercader ambulante, que en el rincon de una calle ó en el atrio de un edificio establece su comercio de mil objetos heterogéneos, todos á *veinticinco sueldos* (cinco reales) cada uno; desde los magníficos almacenes de víveres hasta los surtidos mercados especiales de carnes, pescados, trigos, frutas y verduras; desde los más ricos artefactos, hasta los más mínimos caprichos; desde el diamante, cuyo peso sólo puede sostener una corona, hasta la caja de palillos ó fósforos que os entrega un mendigo á cambio de una limos-

na disimuladamente solicitada, todo está dominado por un mismo impulso, todo es nacido de un mismo deseo, el de adivinar los caprichos y necesidades del hombre para brindarle su satisfaccion á trueque del dorado metal.—Y allá van á reducirse y disolverse los grandes capitales, los trabajosos ahorros.—El príncipe austriaco ó moscovita, el comerciante holandés, el grande de España, el artista italiano, el lord inglés y el hacendado de la Union, todos contribuyen poderosamente á mantener aquel inmenso taller de la industria parisiense, como prueban muy bien los numerosos paquetes de cédulas de todos los Bancos del mundo, los profundos sacos de monedas de oro con la efigie de todos los soberanos, que, con gran pena de los mirrones, ostentan detras de sus enrejados las muchísimas casas de cambio.

Un viaje á París no es dispendioso por el gasto material para la existencia (de que más adelante hablaremos), ni aún tampoco por el que ocasionan los diferentes espectáculos que se brindan á la curiosidad.— Puede serlo, y lo es, en efecto, por las nuevas necesidades que despierta, los deseos exagerados que la vista de tantos objetos viene á producir; y si el viajero es de un país como el nuestro, en donde la industria y arte mercantil están poco avanzados, puede exponerse á ver fallidos sus cálculos si no sabe sobreponerse á las tentaciones y cerrar los ojos á tiempo, seguro, como debe estarlo, de que si da rienda suelta á sus deseos, no por eso conseguirá satisfacerlos, ni aún temprarlos, mas que sea un potentado; porque, por muchos que sean sus recursos, nunca bastarán á colmar los antojos que á cada paso le asaltarán; por bellos que sean los objetos que adquiriera, no dará un paso sin encontrar con otros mil veces mejores; por mucha que sea su inteligencia, no por eso crea que dejará de ser engañado mejor.

Sobre todo, aconsejaría al recién llegado á París que en los primeros días procure no comprar nada, hasta que, bien enterado de las diversas fabricaciones, pueda dirigirse para su adquisición á los sitios más propios; desconfíe, sobre todo, de los magníficos almacenes del Palacio Real y Galerías, donde el precio de los objetos suele estar recargado, para pagar el crecido alquiler de las tiendas; no crea tampoco las innumerables protestas y encomios de las muestras, carteles, diarios, listas y tarjetas que á cada paso le entregarán por las calles; que se haga, en fin, acompañar por algun sujeto práctico en estos negocios, pues de lo contrario, corre peligro de ser víctima de su inexperiencia, y de vuelta á su país, ó habrá gastado el doble, ó habrá gozado la mitad.

La vida del extranjero en París, sus visitas á los establecimientos públicos, un ligero bosquejo del carácter y modo de existir de los habitantes de aquella capital, y el halagüeño cuadro de sus espectáculos y placeres, materia son para largos volúmenes, pero que habré de encerrar brevemente en los capítulos sucesivos.



X.

PARIS MONUMENTAL Y ARTÍSTICO.

Debe suponerse que el extranjero, al visitar la capital de Francia, ha tenido un objeto; ya de conocer y apreciar sus monumentos artísticos, ya su organización social y las costumbres de sus habitantes, ya de adquirir instrucción en los muchísimos establecimientos científicos que con ella le brindan, ya, en fin, de participar de los placeres y diversiones que ofrece la ciudad más alegre y animada de Europa.—No es esto decir que por desgracia dejen de hallarse algunos (y no en corto número) que, sin tomar en cuenta ninguna de estas consideraciones, sin conocer ni apreciar de antemano su propio país, y sin consultarse á sí mismos sobre su respectiva vocación ó inclinaciones, montan en la silla de posta, atraviesan los caminos, y desembarcan en las orillas del Sena, preocupados con la única idea de que á su vuelta podrán asegurar que «han visto á París», atestiguándolo con el corte novísimo de su levita ó el lazo fantástico de su corbata.

Para estos espíritus frívolos, París es el taller de un sastre ó los bastidores de un teatro, así como Madrid es la calle de la Montera y el salón del Prado; para ellos nadie escribe, porque no saben ó no quieren leer.

Prescindiendo, pues, de estos autómatas viajeros, y suponiendo en el recién llegado á París el justo deseo de conocer y examinar el interior de aquellos objetos á que le llaman su vocacion ó sus inclinaciones, permitirásame acompañarle con la imaginacion en sus visitas investigadoras, tomando de aquí pretexto para apuntar, aunque ligeramente, alguno de los infinitos objetos que al filósofo, al crítico y al hombre de mundo ofrece la capital de los franceses.

Ante todas cosas, conviene advertir que un pueblo como París, visitado constantemente por cien mil y más extranjeros de todos los países, clases y condiciones, es en cierto modo una ciudad que á todos pertenece; un centro comun, que á todos inspira franqueza.—Por distantes que sean las regiones de donde proceda el forastero, por elevada su clase, por extraños sus usos é inclinaciones, está seguro de hallar en París otros de sus compatriotas, gentes de su jerarquía, usos y costumbres propios de su sociedad.—Por otro lado, la influencia de la moda francesa, extendida por la victoria, y dominando con su prestigio hasta los pueblos más remotos, ha estrechado de tal modo las distancias, ha facilitado las relaciones con aquel pueblo en términos, que el viajero, ya predispuesto anteriormente con el conocimiento de su idioma, de su literatura y de sus costumbres, no halla apénas dificultad para adherirse á ellas y fijar sus ideas en el punto de vista parisiense.

Una bien entendida administracion, apreciando debidamente cuánto importa á un pueblo el facilitar su acceso, y brindar con su grata hospitalidad al forastero, ha puesto siempre el mayor cuidado en garantir su seguridad, en proporcionar sus goces, en facilitarle los medios de conocer y apreciar los tesoros que encierra en su seno; y de-

dicando considerables sumas á embellecer y aumentar éstos, los ha sabido llevar á un punto tal, que cuando otros motivos no ofreciera París, sería suficiente razon para visitarle el deseo, la necesidad de conocer los más bellos monumentos de las artes, los más ingeniosos procedimientos de las ciencias, el vital cultivo de las letras, la brillantez sin igual de los públicos espectáculos.—Los mezquinos economistas y los opositores políticos, que, calculando nimiamente en su aritmética interesada, censuran y regatean toda suma destinada á la proteccion de las artes, á la construccion de un monumento público, de un templo, de una estatua, de un arco triunfal; á la publicacion de una obra científica, al sostenimiento de un espectáculo nacional, pueden, si gustan, calcular el enorme beneficio que aquellas sumas, impuestas con tales objetos, reportan á la capital francesa, con la inmensa afluencia de forasteros que lleva á su recinto el deseo de visitar sus maravillas.

Grande es la facilidad que encuentra el viajero para penetrar en el interior de aquellos interesantes objetos, y éste es otro de los medios que no podia descuidar la discreta Administracion.—Consiguiente á él, bástale sólo al forastero que desea recorrer los Museos, las Academias, las Bibliotecas, los monumentos públicos, presentar simplemente su pasaporte para que todas las puertas le sean abiertas, áun en aquellos dias en que no es permitida la entrada al público parisien. Algunos establecimientos administrativos de instruccion ó de penalidad, algunas fábricas ó edificios en construccion, exigen para ser visitados un permiso especial de un ministro de la corona ó del director respectivo; pero para obtenerle sólo hay necesidad de escribir una lacónica carta al Ministro ó al Director, pidiéndole el billete de entrada, que se remite al deman-

dante al día siguiente, sin gasto ni humillacion de ninguna especie.—Los conserjes y otros dependientes, encargados de enseñar los establecimientos, reúnen, á los buenos modales, el práctico conocimiento y una ingeniosa charla para describir á su modo los objetos; y hasta su moderacion en contentarse con una ligerísima propina forma singular contraste con la exigencia y tiranía que en iguales casos reina en otros países, por ejemplo en Lóndres, donde recuerdo haber pagado diez *schelines* (unos cincuenta reales) por visitar los distintos compartimientos de la Torre, y otros exorbitantes derechos en las iglesias de San Pablo y de Westminster.

Los templos antiguos más notables de París son la catedral (*Notre Dame*), San German de los Prados, San Estéban del Monte, y San German el *Auxerrois*; y todos ellos, por su época y por el orden de su arquitectura, pertenecen al género más ó ménos propiamente apellidado *gótico*; pero á pesar de su importancia respectiva, no parecen poder sostener la comparacion con otros infinitos monumentos religiosos que ostenta la Francia, y hasta la catedral de Nuestra Señora me parece inferior á las magníficas de Reims, Amiens, Tours, Strasburgo, etc. Sin embargo, por su respetable antigüedad (siglo XII), por su imponente grandeza y nobles proporciones, es muy digna de particular encomio, y sería aún más si la mano del hombre (que vence en osadía á la del tiempo) no hubiera, bajo el pretexto de renovaciones, hecho desaparecer gran parte de su carácter primitivo; así vemos que en la fachada principal, en aquella *sinfonía de piedra* (como le place caracterizarla al entusiasta Víctor Hugo), se echa de ménos gran parte del caprichoso follaje y adornos de estatuas tan propio de este género de construcciones; y penetrando en el interior, observamos que el revoque

profanador de las paredes y columnas, y la desnudez afectada de los altares, la priva á nuestros ojos de aquella fisonomía poética y sublime que tan profundas sensaciones hacen experimentar otros templos semejantes.— Recorridas las naves de la iglesia, el forastero no deja de subir á la plataforma de las torres, siquiera no fuese más que por el placer de contemplar á París á la altura de *Cuasimodo*, y de unir su propio nombre á la infinidad de otros más ó ménos ignorados que cubren las pizarras del andén.

Entre las iglesias modernas de aquella capital, son las más notables las de los Inválidos, el Panteon (Santa Genoveva), San Sulpicio y la Magdalena, que pueden justamente colocarse entre los más bellos monumentos del arte; tambien hay otras modernas ó renovadas con más ó ménos suntuosidad, que sirven de parroquias, como San Roque, San Eustaquio, la Asuncion y Nuestra Señora de Loreto; pero aquéllas, formadas sobre los modelos griegos y romanos, tan análogos á sus creencias religiosas, y éstas, revestidas por su mayor parte de formas teatrales y halagüeñas, inspiran, sin saber por qué, más interes que respeto, y pueden ser consideradas más bien como páginas brillantes del arte que como tributos de un pueblo creyente á la fe y religion de sus mayores.

Forma sobre todo la admiracion de los inteligentes la magnífica rotonda sobre que descansa la cúpula del templo de los Inválidos, construccion atrevida y elegante del arquitecto Mansard, que no cede en belleza á las justamente célebres de San Pedro en Roma y San Pablo de Londres. En el centro de esta rotonda es donde ha de colocarse el monumento fúnebre para depositar los restos del emperador NAPOLEON, y los más célebres arquitectos de la época se disputan el honor de combinar un pensa-

miento correspondiente á la grandeza y majestad del sitio, y á la alta nombradía del hombre ilustre á cuya memoria se dedica.

La iglesia de Santa Genoveva, formada á imitacion de las basílicas romanas, es un monumento realmente admirable del pasado siglo, y destinado por la Asamblea constituyente para lugar de sepultura de todas las grandes celebridades del país, es conocido bajo el nombre de *Panteon Nacional*, y por bajo del fronton que decora su entrada se lee esta inscripcion : « *Aux grands hommes la patrie reconnaissante.* » — Soberbio es el aspecto exterior de este magnífico monumento ; su grandioso peristilo, su elegante cúpula, sostenida por una bella columnata circular, y el hermoso fronton con relieves alegóricos que decora la entrada, predisponen admirablemente el ánimo del espectador.—Penetrando en el interior, no puede ménos de continuar en su admiracion, contemplando la altura y majestad de las bóvedas, la belleza de las pinturas al fresco en la nave principal ; pero instantáneamente se apodera de su imaginacion la idea de un inmenso vacío, producido por la falta del culto, por la ausencia de la Divinidad, desterrada inoportunamente de aquel sitio para dar lugar al apoteosis de las miserables grandezas humanas.—Este remedo político de la religiosa é histórica abadía de Westminster, verdadero templo de gloria abierto á todas las celebridades de la Gran Bretaña, está bien lejos de inspirar en el ánimo del visitador aquel místico respeto, aquella sublime admiracion que su modelo ; y esto consiste en que el Panteon frances no está santificado por la religion ni por la historia ; ántes bien usurpó á aquélla uno de sus templos, y quiso crear ésta en virtud de un simple decreto.—Lo más singular es que, áun admitido este origen, ha sido tan desmentido en la práctica, que únicamente se ven en las bóvedas de Santa Genove-

va dos sepulcros de personas realmente notables, y son los de *Francisco Arouet de Voltaire* y de *Juan Jacobo Rousseau*. Los demas están dedicados á personas de escasa nombradía; tal oficial, v. gr., que murió en un asalto; tal magistrado que trabajó en un Código, ó cual cortesano que llegó al sillón ministerial. Y mientras tanto, yacen en diversos sitios los filósofos Pascal, Descártes y Montaigne; los inmortales autores del *Telémaco* y de *El Espíritu de las leyes*; los grandes poetas Molière, Racine y Corneille; los sagrados oradores Bossuet, Flechier y Massillon; los ilustres generales Turenne, Condé y Vandôme; los ministros Sully, Richelieu y Colbert; los tribunos Manuel, Foy y Constant; los artistas Perrault, David y Talma, y tantos otros hombres verdaderamente grandes como la Francia ha producido, y que el viajero espera justamente encontrar en el interior del Panteon.

El templo de la Magdalena, empezado á construir durante el imperio de Napoleon, con el objeto, un poco vago, de *Templo de la Gloria*, y concluido últimamente, lleva en su configuracion, verdaderamente griega, el sello propio de la divinidad profana á que fué dedicado; y cuando andando los tiempos, variados los gobiernos y concluido el monumento, se ha querido cambiar su destino, poniéndole bajo la invocacion de Magdalena *la penitente*, no se ha hecho más que cometer un gran absurdo, que contrasta realmente con la notoria ilustracion de la nacion francesa.—Hay motivos para pensar que Napoleon, al levantar aquel indefinido monumento, quiso labrarse un sepulcro digno de su grandeza, como los Faraones de Egipto en las Pirámides, ó el emperador Adriano en el castillo de Roma.

Las demas iglesias arriba mencionadas tienen tambien

su respectivo mérito, en cuanto á la forma, y son más características como parroquias de extendida feligresía, y en las cuales el culto divino parece ser su objeto principal. A ellas acude una numerosa concurrencia, en especial los domingos, en que se celebran con solemnidad los misterios religiosos, y se pronuncian excelentes discursos por los celosos pastores á quien está cometida la instrucción y el alivio espiritual del pueblo.— No es tampoco extraño el ver en ellas á las primeras damas de la opulenta capital hacer personalmente la demanda de limosnas para los pobres del distrito, ó escuchar á los primeros artistas de París unir sus voces y magníficas orquestas á los ecos del órgano religioso.— Ignoro si la moda, la vanidad ó hasta las oposiciones políticas influirán en estas demostraciones más aún que la verdadera y sólida piedad; pero no he podido ménos de reconocerlas y compararlas con el estado de frialdad é indiferencia que observé en este punto del culto cuando hace siete años visité por primera vez aquel país. Entónces hallé desiértas casi del todo las iglesias de la capital, y perdida la voz de sus oradores en el silencio de sus bóvedas; ahora con dificultad he podido penetrar en San Roque durante la misa del domingo, y he escuchado al reverendo padre Laccordaire, *vestido con el hábito de Santo Domingo*, predicar en la iglesia de Nuestra Señora, delante de una sociedad numerosa y escogida.

Ademas de los templos católicos, que vienen á ser, me parece, unos cuarenta, hay en aquella capital otras muchas iglesias de las diversas sectas religiosas, como la iglesia católica-francesa; la de los protestantes calvinistas y los luteranos; la iglesia griega, y las sinagogas de los israelitas. Son, en general, poco notables, á excepcion de las últimas, en especial la que está situada en la calle de Nuestra Señora de Nazaret, donde se celebran los oficios